

EL “POSNEOLIBERALISMO” Y LA RECONFIGURACIÓN DEL CAPITALISMO EN AMÉRICA LATINA.*

Beatriz Stolowicz**

El nuevo momento latinoamericano

Al terminar la primera década del siglo XXI nos encontramos en un momento complejo en América Latina, para el que no alcanzan las arengas o las expresiones de deseo. Sin perder de vista las grandes posibilidades de disputa de proyectos que se han abierto en la región, parecen confirmarse las inquietudes que señalábamos a finales de 2007 sobre los gobiernos de izquierda¹, cuando decíamos que en estos procesos en construcción “el movimiento no lo es todo” –rebatando a Bernstein- y que es decisiva su dirección; que la derecha ha puesto todos sus recursos económicos, políticos, militares y simbólicos para disputar y definir esa dirección, y que queda por saber si las fuerzas que aspiran a la igualdad y a la emancipación humana la disputarán efectivamente. Un requisito para ello es tener claro cuál es el terreno de la disputa.

En el último lustro, las discusiones sobre América Latina se centraron en esas nuevas experiencias de gobierno, como es lógico con gran entusiasmo, al punto de que llegó a ponerse de moda parafrasear de que se trata de un “cambio de época”. Los triunfos electorales de la derecha se consideraban una excepción, no muy bien explicada, y a veces endosada a un atávico ultraizquierdismo. Al finalizar la década, produce cierto desconcierto comprobar las falencias de tales apreciaciones volitivas. El avance de la derecha franca en algunos países, los signos de estancamiento en la captación del electorado por la izquierda donde ya gobierna, y un reflujo en los impulsos de cambio han conducido a replantear los análisis sobre la región.

Sobre todo en los anteriores cinco años, dado el carácter inédito de la coyuntura por el protagonismo popular y por su contenido ético, los análisis sobre América Latina se centraron en la democratización de los regímenes políticos y en los procesos constituyentes allí donde gobierna la izquierda y el centroizquierda. En su mayoría se trató de análisis eminentemente superestructurales, en los que se asimiló aparato de Estado a poder de Estado, y en los que se atribuyó autonomía a lo político dejando fuera el análisis estructural de la reproducción económica y de las clases (aunque, a veces, esto último se ha asomado implícitamente bajo la forma de un posibilismo político). Por lo cual se desestimó que cada modelo económico exige un determinado modelo político y social, que éste no puede ser pensado al margen de aquél, más allá de la retórica o los liderazgos carismáticos.

En un segundo plano quedaron los análisis originados en los países donde, desde hace mucho tiempo, se ejecuta la estrategia para estabilizar política y socialmente la reestructuración capitalista neoliberal. Situados necesariamente en una temporalidad más prolongada y en una más clara articulación analítica entre economía y política, desde estos análisis era posible observar fenómenos análogos a los propios en algunos de los procesos progresistas. Pese a lo cual, era difícil la interlocución.

Ahora empieza a haber un terreno común de preocupación sobre el patrón de acumulación primario-exportador extractivista y financiarizado bajo dominio transnacional, que es impulsado, garantizado y financiado por los Estados latinoamericanos. Que salvo

* Ponencia presentada en el *VII Seminario Internacional Marx: Vive: América Latina en disputa. Proyectos políticos y (re)configuraciones del poder*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 29 de octubre de 2010.

** Profesora-investigadora del Departamento de Política y Cultura, Área Problemas de América Latina. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, México.

¹ En nuestro libro *Gobiernos de izquierda en América Latina. Un balance político*, Bogotá, Ediciones Aurora, noviembre 2007 (reimpresión febrero de 2008).

contadas excepciones o matices, y por eso muy valiosas, se ejecuta en todos los países de la región, a pesar de las diferencias sociopolíticas o incluso explotando la legitimidad mayor de los gobiernos de izquierda o centroizquierda para ejecutarlo.

Aunque la convergencia de preocupaciones es más reciente, el fenómeno no es nuevo. Tiene más de una década que, tras las crisis financieras (particularmente las de 1995 y 1997), masas de capital excedente en riesgo de desvalorización en la especulación buscan reciclarse en la acumulación por desposesión² con asiento territorial, tanto en el saqueo de recursos naturales como en la sobreexplotación de la fuerza de trabajo; y que buscan recuperar la acumulación ampliada mediante la construcción de infraestructura –de más lenta rotación pero asegurada por el Estado–, que a su vez potencia la acumulación por desposesión con el abaratamiento de la extracción de esas riquezas naturales. No olvidemos que la IIRSA (Integración de la Infraestructura Regional de Sudamérica) y el Plan Puebla Panamá (ahora Proyecto Mesoamérica) tienen ya una década (desde el 2007 directamente articulados por la pertenencia de Colombia a ambos).

Lo nuevo es que también donde gobierna la izquierda o el centroizquierda el capital transnacional haya encontrado condiciones óptimas de estabilización en la crisis capitalista, pues además lo logra con legitimación política.

Es nuevo, además, que en varios de esos países este patrón de acumulación –con los cambios institucionales, políticos y sociales que le son consustanciales– sea promovido a nombre de un “nuevo desarrollo”, con el despliegue de una retórica “neo-desarrollista” que explota las reminiscencias simbólicas del viejo desarrollismo redistribuidor latinoamericano, que en nada es similar. Donde gobierna la derecha se ejecutan esas mismas líneas estratégicas y sus políticas aunque no se le adose el rótulo de “neodesarrollismo”.

Lo nuevo, empero, no ha surgido por generación espontánea. Por el contrario, sostengo la tesis de que estamos asistiendo a un punto de llegada de realización exitosa de la estrategia dominante ejecutada desde hace 20 años para estabilizar y legitimar la reestructuración del capitalismo en América Latina, planteada por sus impulsores como “posneoliberalismo”.

Varias de las interrogantes sobre el devenir de los proyectos comúnmente denominados alternativos, y sobre su efectiva capacidad de disputa, encontrarían respuestas más claras en referencia o contrastación con esa estrategia dominante, en cuanto a qué tanto significan una ruptura o apuntan a ello. Para lo cual es necesario trascender el tiempo corto de lo electoral, que sobredetermina los análisis y las dinámicas de los proyectos de cambio en la región, y elevar la mirada a una más larga duración.

Veinte años de “posneoliberalismo”

Desde comienzos de la década de 1990, la estrategia para estabilizar la reestructuración capitalista neoliberal en América Latina fue planteada oficialmente en tres etapas sucesivas: una primera de “ajuste, estabilización e inicio”; una segunda de “profundización de las reformas estructurales”; y una tercera etapa de “consolidación de las reformas y restauración de los niveles de inversión”³. La primera etapa, de demolición del patrón de acumulación anterior y sus instituciones, se había ejecutado en los anteriores años setenta y ochenta bajo dictaduras militares y autoritarismos civiles; la segunda y tercera etapas debían implementarse ya bajo las

² La categoría *acumulación por desposesión* ha sido acuñada por David Harvey, aludiendo a la práctica permanente de lo que Marx llamó *acumulación originaria* en la reproducción capitalista actual, como signo del nuevo imperialismo.

³ Las tres etapas fueron formuladas en 1990 por el chileno Marcelo Selowsky, Economista Jefe para América Latina y el Caribe del Banco Mundial, en: “Stages in the Recovery of Latin America’s Growth”, *Finance and Development*, junio de 1990, pp. 28-31.

“nuevas reglas del juego” de regímenes representativos, *democracias*. La idea de una sucesión estaba más claramente inspirada en Chile, donde la demolición del patrón de acumulación había sido completada bajo la dictadura de Pinochet. En otros países, en lugar de una sucesión debieron superponerse etapas, como por ejemplo en Brasil y México, superponiendo también la retórica correspondiente a cada una. Con una mirada retrospectiva, cabe inquirir si la tercera etapa de “consolidación de las reformas y restauración de los niveles de inversión” no estaría siendo ejecutada, en la primera década del siglo XXI, por algunos de los nuevos gobiernos *progresistas*.

Definidos los objetivos, al mismo tiempo se iba formulando la estrategia para avanzar ese camino, cuyas líneas maestras encaraban las dimensiones políticas, institucionales y sociales para dar seguridad a la profundización de la reestructuración capitalista, para estabilizarla y legitimarla. Esa estrategia multidimensional fue impulsada desde 1990 por la “nueva” Cepal neoestructuralista, por el BID presidido por el ex cepalino Enrique Iglesias⁴, y en la segunda mitad de los noventa también por el Banco Mundial con Joseph Stiglitz como Economista Jefe y con el colombiano Guillermo Perry como Economista Jefe para América Latina y el Caribe⁵. Por encarar aquellas esferas de acción que el economicismo de mercado neoclásico no contemplaba discursivamente, desde un comienzo se presentó como “posneoliberal”. Se autodefinió como “superación del neoliberalismo” pero al mismo tiempo contraria al “populismo” (en realidad, de lo que definían por tales). Para ello, sus intelectuales e ideólogos cuestionaron algunos postulados doctrinarios del liberalismo económico, que a su entender debían ser corregidos –nunca negados– por lo cual en términos doctrinarios era estrictamente un pos-liberalismo; que se expresó como corrección –nunca negación– de los postulados ultraliberales sobre el Estado y del ultraindividualismo sociopolítico.

Desde el sistema, en las voces de grandes empresarios, políticos e intelectuales se multiplicaron las expresiones de crítica al “neoliberalismo” (tal como lo definían). Ya en 1996, Norbert Lechner decía: “En los años noventa América Latina entra en una ‘fase post-neoliberal’. El neoliberalismo está agotado como propuesta innovadora...”⁶. Aquellas expresiones fueron recogidas oficialmente por la Cumbre de las Américas de 1998, realizada en Santiago de Chile. Pese a la retórica, lo allí aprobado no fue anti-liberal, ni post-neoliberal, sino las líneas para estabilizar la reestructuración capitalista cuando se observaban signos de crisis de gobernabilidad en la región.

Debe aclararse, una vez más, que el término “posneoliberal” fue acuñado desde el sistema –no por esta autora– y que conforme a su origen es utilizado en este trabajo. Lo interesante es que el término “posneoliberalismo” fue siendo socializado en el seno de la “izquierda moderna” o “nueva izquierda”. Abonando a la confusión, en el último lustro, el término “posneoliberalismo” es utilizado para denominar los proyectos de los gobiernos de izquierda y centroizquierda, como un camino que apenas se estaría recorriendo. De manera reiterada he planteado la inconveniencia de utilizar el mismo término, acuñado por los dominantes, para denominar o caracterizar a proyectos opuestos y supuestamente antagónicos.

⁴ Las líneas maestras de la estrategia “posneoliberal” están presentes en el documento de la Cepal: *Transformación productiva con equidad. La tarea prioritaria del desarrollo de América Latina y el Caribe en los años noventa* (1990), y con mucha mayor precisión en el trabajo de Enrique V. Iglesias, entonces presidente del BID: *Reflexiones sobre el desarrollo económico. Hacia un nuevo consenso latinoamericano* (1992).

⁵ El manifiesto posneoliberal para América Latina del Banco Mundial es el célebre *Más allá del Consenso de Washington* (1998).

⁶ Norbert Lechner, “Estado y Sociedad en una perspectiva democrática”, Flacso-México, 1996 (*verso*) página electrónica.

Con el correr de los años, es dable pensar que quizás no se ha tratado solamente de una escasa imaginación lingüística.

La *posneoliberal* es una concepción estratégica lúcida y compleja. Que no ve a las democracias como un peligro contra la continuación de la reestructuración capitalista, sino como una oportunidad para construir consensos moderados a favor de las llamadas reformas económicas, para lo cual la política y la democracia debían ser instrumentos de gobernabilidad, y desde luego de integración institucionalizada de la izquierda que ya avanzaba electoralmente.

La estrategia exige pasar por las reformas estructurales –similares al decálogo de Williamson pero presentadas como una iniciativa endógena- para “aprovechar las ventajas de la globalización mediante la exportación de lo más abundante”. Está planteada retóricamente como una transición desde ventajas comparativas ortodoxas o “espurias” a una ulterior “competitividad auténtica”, que inevitablemente debía ser impulsada por el capital transnacional por su aporte financiero, tecnológico y por su acceso a mercados. Para captar esa inversión extranjera se debía garantizar un buen clima de negocios, ganancias más atractivas, seguridad jurídica, estabilidad financiera y bajo déficit fiscal, y pagar la deuda. Se requería un mayor activismo estatal para fortalecer al sector privado, y para ello era necesaria la reforma del Estado para hacerlo “chico pero eficaz”. Esa –dizque- transición obviamente requería reducción del salario real y alto desempleo: plataforma desde la cual se legitiman las acotadas políticas sociales para reforzar la gobernabilidad.

La apelación al Estado y esta dimensión “social” son los signos distintivos del “posneoliberalismo” para presentarse como progresista y hasta de izquierda. La estrategia planteaba que en el corto plazo se implementara el asistencialismo focalizado hacia la extrema pobreza para absorber tensiones sociales por la (primera) “década perdida”, que de paso iría liquidando la cultura de derechos sustituyéndola por una degradada cultura mendicante agradecida. Pero el posneoliberalismo se plantea lograr a más largo plazo una reestructuración social profunda, que fuera el sustrato para gestar consensos sociales en torno a la reestructuración capitalista.

Esas líneas maestras fueron los objetivos inamovibles del “posneoliberalismo” a lo largo de estos 20 años. Pero el modo de ejecutarlas variaría de acuerdo a las condiciones concretas en cada país, y en la región en función de las exigencias globales del capitalismo. Lo fundamental era, y ha sido, la combinación de esas esferas de acción de modo que, cuando hubiera problemas en una, las otras los compensaran: por ejemplo, si fallaba la legitimidad del sistema político o la credibilidad de la democracia, las políticas sociales focalizadas o un mayor activismo gubernamental debían compensarlo para neutralizar conflictos y construir consensos pasivos o activos; o a la inversa, con alta legitimidad política podrían avanzarse las “reformas económicas” con menor “gasto” en las otras esferas. Su ejecución requería mayor percepción política, flexibilidad y pragmatismo, metafóricamente planteados con expresiones como “un traje a la medida”, o como “proyectos en marcha” o “trabajos en curso”.

Los posneoliberales aparecían como los cuestionadores de la tecnocracia, cuando sólo se había establecido una división del trabajo de modo que los tecnócratas decían que era lo inevitable, y los neo-políticos el cómo hacerlo con mayor eficacia y legitimidad. “Neo-políticos” porque economistas y técnicos “posneoliberales” se convirtieron en los nuevos expertos y teóricos de la política, de la democracia y la gobernabilidad, conjuntamente con la vieja *clase política*. Para viabilizar cada una de las nuevas acciones, así como los cambios de énfasis o de peso específico de cada esfera respecto a las demás según las circunstancias, un ejército de intelectuales fue colocando las nuevas “agendas temáticas” y sus respectivas

retóricas bajo máscaras teoréticas⁷. De manera particular es necesario destacar que han sido los ideólogos del sistema los que fueron imponiendo las definiciones sobre el “neoliberalismo”, que las fueron cambiando en distintas coyunturas, de tal suerte que la estrategia dominante pudo presentarse como “alternativa” a sí misma en varios momentos o fases⁸. Bajo líneas comunes a toda la región como trasfondo, perfectamente identificable en las temáticas que fueron determinando las orientaciones de las ciencias sociales en cada coyuntura –y las réplicas del llamado pensamiento crítico, fatigadamente contestatario-, en cada país fueron distintos los énfasis asignados según las realidades sociopolíticas específicas. Esta aparente asincronía desaparece cuando se consideran las tendencias comunes en una más larga duración, que hoy se reconoce en la convergencia de preocupaciones provenientes de países con gobiernos llamados progresistas y con gobiernos de derecha.

Esto no significa que esta estrategia dominante y conservadora (aunque se presente como progresista) no tenga que enfrentar resistencias y conflictos, ni quiere decir que su ejecución no acumule contradicciones y hasta frenos o retrocesos en determinadas coyunturas y en determinados países. Hay una dialéctica que no puede desconocerse. Sin embargo, en estos 20 años hemos observado la gran capacidad de adecuación táctica, de cambio en el uso de los instrumentos, de modificación discursiva en la ejecución de la estrategia dominante. Al punto de convertir en “oportunidad” las contradicciones que la propia estrategia genera para, como decía, presentar una siguiente fase como alternativa a sí misma.

La reconfiguración capitalista

La ejecución –en sus particulares combinaciones- de las líneas maestras de la estrategia para estabilizar la reestructuración capitalista en nuestra región avanzó pese a que América Latina ha sido puntal de los rechazos y luchas contra el neoliberalismo. Avanzó, incluso o precisamente, porque se hizo a nombre de ir más allá del neoliberalismo. Los pasos dados desde hace 20 años están mostrando su materialización en el presente.

Los usos conservadores de la política institucional mediante una democracia gobernable han sido materia de análisis por parte de esta autora en distintos trabajos, a los que remito, cuya materia debe pensarse como una esfera funcional respecto a las demás, de enorme importancia. Desde esa perspectiva debe pensarse, también, el significado de los cambios o ajustes de los regímenes políticos con los triunfos electorales de la izquierda o el centroizquierda, como asimismo se ha sugerido en otros trabajos.

En contraste con los vaivenes previsibles de los regímenes políticos por las variaciones electorales –esas “reglas del juego” útiles para construir consensos también sobre las reglas del juego-, el objetivo de reestructuración de la sociedad tiene una dimensión más profunda y de largo aliento para estabilizar al capitalismo en su fase histórica actual.

La reestructuración de la sociedad

La reestructuración social “posneoliberal” se monta sobre la demolición del patrón de acumulación anterior y de sus relaciones sociales e institucionales. El desempleo y el empobrecimiento son concebidos como la “oportunidad” para emprender esa reestructuración y lograr su legitimación. La reestructuración tiene por objetivo central disolver a los sujetos

⁷ Ese pragmatismo táctico explica, en buena medida, que la estrategia no pudiera aprehenderse en su diseño total, sobre todo en sus fases iniciales. Una revisión retrospectiva de las temáticas, las acciones impulsadas y los debates echaría luz sobre los momentos tácticos de la estrategia dominante.

⁸ Por economía de espacio, para ver los cambios de definiciones sobre el neoliberalismo remito a mi trabajo “El debate actual: posliberalismo o anticapitalismo”, en Germán Rodas (Comp.), *América Latina hoy ¿reforma o revolución?*, México, Ocean Sur, agosto de 2009.

colectivos de la pugna distributiva, desde luego los populares. Pero a diferencia del discurso “neoliberal” ortodoxo sobre la libertad individual, el “posneoliberal” apunta a que la flexibilización y la precarización laborales, la tercerización mediante pequeñas y medianas empresas (pymes) y el autoempleo sean aceptados como medios legítimos para acceder a la “equidad”.

El posneoliberalismo busca legitimar a la “democracia de propietarios” neoliberal. Esa sociedad patrimonialista de individuos “propietarios” de algo que intercambian en el mercado “como si fueran libres e iguales”, es decir, sin impedimentos formales para acceder a los bienes, servicios, actividades o profesiones excepto por lo que acrediten poseer (recursos monetarios o “capital humano”); en la que desaparece la condición asalariada *formal* (derechos jurídicos individuales y colectivos, regulaciones) para convertir a los trabajadores en “empresarios” que gestionan individualmente su reproducción, individuos responsables por su destino que “invierten” en su seguridad (“costos de oportunidad”, seguros de salud, fondos de pensiones, etc.) con recursos de su fondo de consumo salarial o que está en manos del Estado vía impuestos, y que va a parar al capital privado que gestiona esos fondos de ahorro y seguros. Los posneoliberales “corrigen” los defectos del mercado mediante el discurso y el método social-liberales de la *equidad como igualdad de oportunidades*: sólo a los discapacitados y muy pobres se les proporciona, mediante subsidios o asignaciones, un mínimo no igual ni permanente que los transforma en poseedores de capital humano (capacidades y habilidades empleables), para que puedan incorporarse al mercado y también formar parte de la democracia de propietarios. Hasta aquí el posneoliberalismo no se distancia en términos prácticos de la ortodoxia neoliberal que incluye expresamente políticas focalizadas de “atención a la pobreza”, las que profundizan permanentemente la desigualdad aunque puedan sustraer temporalmente a algunos de la inanición. Sin embargo, el discurso de la equidad social-liberal presenta al asistencialismo como un vehículo para la afirmación de la autonomía y la creatividad individuales intercambiables en el mercado. De este modo se gesta una nueva concepción de “justicia en la sociedad como equidad”. John Rawls es el mentor por excelencia.

En sus diseños maestros, la estrategia posneoliberal para disolver a los sujetos populares de la pugna distributiva plantea, asimismo, otras líneas de acción que discursiva o doctrinariamente cuestionan las concepciones liberales o social-liberales fincadas en el individuo. Esas otras líneas de acción, por el contrario, reivindican la utilización de *organizaciones intermedias* (entre el individuo y el Estado) para la gestión limitada de la sobrevivencia o la convivencia. Y que al mismo tiempo están planteadas como antídoto para el debilitamiento de los mecanismos de control y gobernabilidad ante expresiones anómicas generadas por la dispersión individualista. Este aspecto de la vasta estrategia para la estabilidad de la dominación abreva en las orientaciones del proyecto neoconservador elaborado en las décadas de 1970 y 1980, y que adquiere identidad “posneoliberal” en los noventa con el *comunitarismo*.

A nombre de “rescatar al individuo solitario del neoliberalismo e ir al encuentro con la comunidad perdida”, la reestructuración de la sociedad se complementa y legitima mediante la gestación de un *microcorporativismo conservador* de múltiples funciones: a) mantiene dispersos a los sujetos populares de la pugna distributiva, no cuestiona la distribución de la riqueza, pero permite gestionar limitados recursos para la sobrevivencia o para la convivencia: una suerte de *pobreza acompañada*; b) invisibiliza la desigualdad bajo la imagen de la diversidad pluralista, arropada, entre otros, por el manto del multiculturalismo; c) no incide en las decisiones del sistema político ni del Estado pero es percibido como “participación” y “empoderamiento”. Es el instrumento para una cohesión social (“capital social”) que parecería imposible.

Si al social-liberalismo se lo asocia con las acciones gubernamentales “distributivas”, por su retórica al comunitarismo social-conservador se lo asocia con el reinado de la “sociedad civil”. Pero no ya con la sociedad civil liberal de individuos, sino la sociedad civil de los grupos y las comunidades. No ya con la “racionalidad instrumental”, sino con la “moralidad” y la “solidaridad” grupal. No ya con el pragmático horizonte del costo-beneficio, sino con la subjetividad del “reconocimiento”.

Poca atención se presta a que, en medio de su potente retórica filosófica, los comunitaristas sostienen que la teoría neoclásica, aunque reduccionista, ha sido insuperada (¿insuperable?) para mantener los necesarios equilibrios para el crecimiento económico, que debe ser complementada y nunca negada. Pero la carga filosófica y sociológica de su argumentación hace aparecer a los comunitaristas como categóricos opositores del liberalismo, lo cual potencia su eficacia ideológica para permear el campo de las “alternativas”. Y les permite aparecer como pensamiento crítico en el ámbito de las ciencias sociales, pues su argumentación aparentemente desplaza el reinado absoluto de la economía neoclásica con el reingreso de la sociología y la antropología, de las matemáticas con los estudios culturales. La apelación a Durkheim y a Karl Polanyi se pone de moda, y las elaboraciones de conservadores como Peter Berger, Robert Putnam, Amitai Etzioni, Michael Novak o Frances Fukuyama aparecen como referentes de una *tercera vía*.

El comunitarismo conservador se presenta como una expresión de un posmodernismo nostálgico de lo premoderno (cercano a los *tories* o los *viejos whigs*). En América Latina, toma forma en el *solidarismo* de la doctrina social de la Iglesia, en el socialcristianismo. Que reelabora sus conceptos de “buen vivir”, de la “función social de la propiedad” (o “responsabilidad social empresarial”), de “precio justo” y otros, cuestionando al “liberalismo” pero para fundamentar la moralidad del capitalismo; además de ser la Iglesia oficial protagonista central en la ejecución de la estrategia comunitarista. Por eso no es casual que la fase de demolición “neoliberal” se hiciera con Friedman, y que la de estabilización “posneoliberal” se haga con Hayek.

Junto al asistencialismo individualizado, en América Latina se crean múltiples organizaciones comunitarias, que adoptan la forma desde cooperativas y asociaciones solidaristas hasta universidades interculturales. Algunas de esas organizaciones, como se ha comprobado, han cumplido y cumplen funciones contrainsurgentes⁹. Este mundo comunitario y solidarista está rodeado por un entramado de “gestores” en el que encuentra trabajo e ingresos la clase media profesional, que participa en la reestructuración de la sociedad y se convierte en intelectual orgánico del proyecto.

Al mismo tiempo, las concepciones y prácticas comunitaristas conservadoras cumplen un papel fundamental en la reconfiguración del mundo del trabajo, por ejemplo, en la implementación de las formas *toyotistas* de producción y explotación: trabajo en equipo, con autocontrol de los trabajadores, en los círculos de control de calidad; aumento de la productividad mediante los estímulos morales del “reconocimiento” y de “dar voz”; sentimiento de pertenencia a la empresa, concebida como una “comunidad de trabajo y de corresponsabilidad” en la que todos son “asociados”. Para esta reconfiguración de la producción y de las relaciones laborales, la estrategia posneoliberal acepta y hasta promueve entre las organizaciones intermedias un cierto tipo de sindicato afín, “participativo” y

⁹ Es el caso de las Asociaciones Solidaristas en Centroamérica, establecidas por ley como una asociación de colaboración entre patrón y trabajadores que prohíbe explícitamente la existencia de un sindicato; las Cooperativas Convivir de Colombia, origen de organizaciones paramilitares; o las recientemente creadas Ciudades Rurales en Chiapas, México.

“propositivo”¹⁰, que se haga cargo de promover el aumento de la productividad y la asunción por parte de los trabajadores del interés de la empresa (del capital). Con lo cual, frente al neoliberalismo ortodoxo que repudia al sindicalismo, el posneoliberalismo aparece como progresista.

La flexibilización y precarización del trabajo, consustanciales a la contrarrevolución neoliberal, adoptan nuevas formas “comunitarias” que las encubren y hasta legitiman; por ejemplo, la constitución de cooperativas que en realidad descentralizan la producción de la empresa madre, en las que la relación laboral y de explotación queda encubierta por la ilusión de la propiedad común, facilitando la autoexplotación de los trabajadores y el ahorro de gastos sociales o exenciones fiscales al capital. Empresas capitalistas registradas como cooperativas que en realidad tercerizan la producción de otras; o “cooperativas” que son empresas capitalistas para la contratación precaria de trabajo (o “maquila de nómina”), y hasta para dar “servicios sindicales”. Este es el mundo de las *pymes* promovido por el posneoliberalismo como alternativa de autoempleo y de horizontalidad comunitaria, que en una alta proporción es instrumento para la precarización laboral, indicando cuál es el verdadero contenido de la propaganda de que “las pymes crean empleo”¹¹.

La utilidad de lo social.

La “vocación social” del posneoliberalismo se hizo explícita en las modalidades que adoptó, tempranamente, como *Economía social de mercado* en Chile con los gobiernos de la Concertación desde 1990; como *Estado social de derecho* en Colombia tras el consenso constituyente en 1991; y como *Liberalismo social* en México, promovido por Carlos Salinas de Gortari desde diciembre de 1988 y que oficializó en 1992 como doctrina de gobierno. El Programa Nacional de Solidaridad de Salinas, presentado en diciembre de 1988, fue precursor de la reconfiguración posneoliberal de la sociedad combinando asistencialismo y organización comunitaria, en perfecta sintonía con el solidarismo del Vaticano, con quien el gobierno restableció relaciones diplomáticas (rotas desde 1867). Las distintas denominaciones dan cuenta de la esfera priorizada para articular y legitimar la estrategia, asunto muy interesante que no puede ser tratado aquí. Y a esta altura de nuestro análisis ya no debería llamar la atención que estos tres casos paradigmáticos de posneoliberalismo temprano, de explícita “vocación por lo social”, hayan exhibido una potente capacidad para cooptar a sectores de izquierda, para transformar conservadoramente a la sociedad, y para lubricar la entrega de la administración del Estado a la derecha tradicional.

El “Estado social” posneoliberal, al tiempo de “reformarse”, obtuvo el apoyo de los empresarios quienes *altruistamente* comprendieron que, además de su razón “moral”, el gasto social tiene una utilidad económica. El *progresismo posneoliberal* se convirtió así en un gran negocio capitalista.

Los empresarios proveen los servicios sociales que el Estado ya no provee pero financia, con lo cual transfiere parte del fondo de consumo de los trabajadores y de los consumidores pobres -que no deducen impuestos- directamente a la acumulación de capital. En algunos rubros, el Estado incluso disminuye su gasto con el cofinanciamiento de los ahora

¹⁰ Remito a los fundamentales estudios del brasileño Ricardo Antunes sobre ese nuevo sindicalismo. Desde mi investigación, considero que los fundamentos ideológicos y prácticas que lo caracterizan están íntimamente conectados a la estrategia conservadora comunitarista para el control social y la gestación de consensos.

¹¹ El presidente de la Asociación Latinoamericana de la Micro, Pequeña y Mediana Empresa, Francisco dos Reis, en la reunión de economistas en La Habana, en marzo de 2010, reconoció que la derecha y el capital tienen “ganado y neutralizado” al sector.

llamados usuarios o clientes, bajo el criterio de la “corresponsabilidad”. El campo de lo social es el que materializa la “asociación Estado-mercado-sociedad” (el “hogar público” de Daniel Bell, el “tercer sector”). Con esa asociación, los pobres y las capas medias financian a los extremadamente pobres; el gran capital acumula legitimado por sus servicios para el “nuevo bienestar”; y los gobiernos ganan clientelas electorales. Se produce el milagro de que “todos ganan”, aunque el capital se concentra y aumenta la desigualdad. Este es uno de los fundamentos de los acuerdos de “unidad nacional” impulsados recientemente en Chile por el presidente Sebastián Piñera, y en Colombia por el presidente Juan Manuel Santos. Otros acuerdos tácitos de unidad nacional están en la agenda de gobiernos *progresistas*, por ejemplo en Uruguay.

Un apartado especial requeriría el análisis de lo local como espacio de articulación de las distintas esferas en la estrategia posneoliberal. Es el *locus* de la asociación Estado-mercado-sociedad; de la “gestión social” de las organizaciones no gubernamentales; de la “participación” y “empoderamiento” comunitaristas y solidaristas. Viabiliza la “descentralización” (desconcentración en realidad) del Estado que resigna la provisión de funciones sociales al capital al mismo tiempo que concentra las decisiones económicas en el Banco Central y en el ministerio de Hacienda (el “bunker hegemónico”, como lo ha caracterizado Jaime Osorio). Es el espacio de menor resistencia para la acumulación por desposesión transnacional, bautizado como espacio “glocal”. Es, además, con todos esos componentes, la escuela posneoliberal en la que la izquierda comienza a aprender el nuevo sentido de lo público, de la “gobernanza”, de un nuevo “estilo de gobernar”, que aplicará en los ámbitos nacionales cuando triunfa electoralmente. La omnipresencia del BID financiando proyectos locales de gobiernos progresistas es un indicador de su función estratégica.

La importancia del Estado y la reconfiguración del poder

Tanto por su apelación a lo social como por la importancia explícitamente asignada al Estado, es que la estrategia de estabilización capitalista se presenta como pos-neoliberal. Para algunos, serían los dos rasgos típicos de la socialdemocracia. O de su versión modernizada como Tercera Vía, una “nueva izquierda” con su santo y seña: “tanto mercado como sea posible, tanto Estado como sea necesario”.

El Estado es un actor central como soporte institucional y material de todos los aspectos de la estrategia, haciendo un uso intenso de sus potestades coercitivas. Este es el reino del neoinstitucionalismo. A éste se le conoce principalmente por las multiplicadas funciones gubernamentales para garantizar la gobernabilidad mediante políticas públicas: la *governance* para la *governability*. La *good governance*, que han traducido como gobernanza, se mide por su eficacia para garantizar control social y crear consensos pasivos y activos, y por transferir riqueza al capital. Pero, cuando hablamos de neoinstitucionalismo, es de la mayor importancia la función estatal instituyente, mediante el uso intensivo del derecho positivo para convertir en *estado de derecho* la estrategia de acumulación por desposesión. El despojo es legalizado, todo se hace con la ley, y con un activo poder judicial que sanciona su no cumplimiento.

El Estado “posneoliberal” acentúa su función subsidiaria: por una parte, financiando al capital –que no invierte ni arriesga- con recursos frescos, exenciones y privilegios fiscales, servicios gratuitos e infraestructura, en permanente modalidad de zona franca; por otra parte, dándole todo tipo de seguridad jurídica y política: contratos muy largos, garantías para la remisión de ganancias al exterior, garantías de que no será afectado por expropiaciones ni conflictos laborales, etcétera.

Esta activa función del Estado al servicio del capital fue planteada desde 1996 bajo la fórmula de la “posprivatización”¹²: las asociaciones público-privadas. Que operan en todo: en la construcción de infraestructura, en los servicios sociales (ahora también en la educación superior), en la explotación de las riquezas naturales. En relación a estas últimas, el derecho cumple una importante función estableciendo la distinción entre derecho de propiedad y derecho de uso, permitiendo la explotación privada aunque se mantenga la propiedad estatal sobre las mismas, sea porque por razones políticas no se han privatizado o incluso cuando han sido re-nacionalizadas. En el último lustro se han promovido específicas leyes de asociación público-privada que, con independencia de los escenarios políticos, institucionalizan de manera permanente esta función estatal subsidiaria; la transferencia de recursos públicos mientras duran los contratos, al margen de decisiones parlamentarias o gubernamentales; y la “nacionalización” jurídica del capital transnacional, que ya no requiere apelar a organismos internacionales de resolución de controversias.

Este es el entramado institucional para el depredador patrón de acumulación primario-exportador extractivista financiarizado en manos del gran capital; que está basado en vastos monocultivos transgénicos, en minería sobre todo a cielo abierto, en la explotación de energéticos como petróleo, gas, hidroelectricidad, en la expropiación de biodiversidad, y en la construcción de un sistema multimodal de transporte y comunicación para abaratar su extracción. Actividades, todas, que exigen el control del territorio, con el despojo a pueblos, campesinos, pequeños propietarios y comunidades indígenas, para lo que operan la militarización y el paramilitarismo cuando es necesario. Este patrón extractivista está conectado con la especulación financiera (así como ésta con las funciones “sociales”).

Al servicio de lo cual, las asociaciones público-privadas alcanzan también a las que habían sido definidas como esferas exclusivas del Estado en el ejercicio del monopolio de la fuerza. La seguridad, que era una función privativa del Estado, también es provista por privados con financiamiento público, en la función policial, cárceles y funciones militares.

En países con gobiernos progresistas, donde estas transformaciones institucionales al servicio del gran capital se presentan como parte de un “nuevo desarrollo” y del “interés nacional”, sus implicaciones son desatendidas y se prioriza el balance positivo del “modelo” en la reactivación económica de corto plazo: porque produce empleos temporales; donde son exigidos impuestos, produce recursos fiscales para volcar al asistencialismo social; crea una nueva fracción burguesa contratista con el Estado en servicios periféricos al gran capital (que no es precisamente una nueva burguesía nacional pues comparte los objetivos del capital transnacional, del cual es satélite económica e ideológicamente), así como beneficia a un segmento profesional en tareas técnicas, de mercadeo, administración y dirección. Por estricto interés económico, estos disímiles segmentos y clases sociales dan apoyo político a los gobiernos “neodesarrollistas”.

La imagen de presidentes ejerciendo un poder bonapartista por encima de todas las clases, beneficiando a todas y recibiendo de todas su adhesión, cual personificación de la unidad nacional, lejos de hacer pensar en un momento de “equilibrio estático catastrófico entre fuerzas con poder orgánico equivalente” (Gramsci)¹³, hace pensar más bien en la

¹² Guillermo Perry, *La larga marcha* (1996), Banco Mundial, 1998.

¹³ Sobre la conceptualización de Antonio Gramsci sobre el cesarismo o bonapartismo, véase *Cuadernos de la cárcel*, tomo 5, México, Ediciones Era, 1981, pp.65-68. Actualmente no estamos en un momento análogo a aquél, durante la Revolución Mexicana, en el que Álvaro Obregón emprendió reformas laborales y dio espacios de poder estatal a los trabajadores de la Confederación Regional Obrera de México (CROM), organización que él promovió, para limitar la fuerza de los sindicatos independientes, imponerles condiciones a las distintas fracciones de la burguesía que querían controlar al Estado, y para que los Batallones Rojos de la CROM combatieran a las

subordinación o absorción de una de las fuerzas por la o las otras. Debe tenerse presente que la estrategia posneoliberal avanzó más allá donde se debilitó a la izquierda como fuerza de horizonte anticapitalista y donde se debilitó la independencia de las organizaciones populares clasistas; avanzó más donde se destruyeron conquistas y derechos sociales y políticos más a fondo o donde impactó más el empobrecimiento, y que es desde la profundidad de esa sima que lucen mucho más las acciones sociales de los gobiernos; asimismo debe tenerse en cuenta que los logros del posneoliberalismo se miden por la elevación de las ganancias capitalistas y por el aumento del conservadurismo en la sociedad. No es, precisamente, una equivalencia de fuerzas con el capital sobre las que se coloca por encima, como árbitro, el presidente.

Tanto en esos países “neodesarrollistas” con gobiernos progresistas, como en aquellos en los que se ejecuta la estrategia sin esa carga discursiva, está produciéndose una reconfiguración de la sociedad y del ejercicio del poder capitalista con efectos de largo plazo, que además no podemos explicar con los conceptos tradicionales de la teoría política. Por una parte, se rompe con los fundamentos del Estado liberal moderno que formalmente establece, para su universalización, la separación entre lo público y lo privado; tanto así, que el concepto de corrupción pierde sentido. No se trata solamente de que no haya autonomía relativa del Estado, sino que se trata de un nuevo patrimonialismo con el que lo privado domina de manera directa, abierta y legitimada a lo público. Por ello, las asociaciones público-privadas no son sinónimo de economía mixta. Con el posneoliberalismo estamos ante una especie de *Estado neo-oligárquico transnacionalizado de derecho*, abiertamente orientado al gran capital (transnacional), incluso cuando financia lo social. Que mantiene la envoltura de las formas liberales como elecciones periódicas y tres poderes, pero que son subordinadas al capital por el “interés nacional del desarrollo” (que es desnacionalizador) y acotadas por la juridización de la política y la economía.

En algunos de nuestros países, este Estado comparte las características del viejo Estado oligárquico en cuanto a que la clase que domina económicamente es también la fracción reinante en el Estado –para utilizar un concepto de Poulantzas– tanto en los partidos representados en el parlamento como en la alta burocracia. La pregunta que cabe hacerse es si bajo la estrategia posneoliberal, que tiene como eje el control de la sociedad y de la política, el Estado cambiaría su naturaleza porque la fracción reinante proviniera o provenga de otras clases o grupos sociales. La democratización del régimen político o cambios de personal en el aparato estatal no son suficientes para analizar el balance de poder, sin desconocer la importancia que aquéllos pueden tener para modificar el poder del capital.

También estamos ante una reconfiguración de la dominación en términos de mediaciones sociales, que las hay. En varios de nuestros países se han destruido las mediaciones tradicionales en la relación política de clases pero se han construido otras mediaciones para la gobernabilidad. Aunque sean bien distintas a las clásicas, si producen gobernabilidad significa que no es un “Estado fallido”, como falazmente se ha caracterizado al Estado mexicano. Las políticas asistencialistas cumplen una función de mediación. La legitimación del poder se hace también mediante el tema de la seguridad: la inseguridad es inducida y explotada para validar el ejercicio de la fuerza pública y privada. Se han construido nuevos enemigos, algunos muy difusos, no sólo el llamado terrorismo que alude asimismo a luchas sociales contra el despojo capitalista, sino también, por ejemplo, las epidemias. En México, la población del Distrito Federal, la más crítica y politizada del país, en abril de 2009 se

tropas de la División del Norte comandadas por Pancho Villa. Ese equilibrio de fuerzas construido bonapartistamente a cambio de la subordinación funcional de la CROM, por la que al poco tiempo los trabajadores pagaron con creces.

sometió voluntariamente a un estado de sitio por la AH1N1. La manipulación de la inseguridad se hace bajo los fundamentos de una nueva doctrina de seguridad nacional garante de los derechos del capital, ahora civil o democrática. Y que vuelve a dar creciente protagonismo a las fuerzas armadas en la defensa del orden capitalista, pese a que con las democracias supuestamente habían regresado a sus cuarteles.

El “cambio de época” que se proclamó como caracterización del nuevo momento latinoamericano aludía también a un debilitamiento imperialista en la región. Aunque estamos en un momento incomparable en la historia latinoamericana por el número de expresiones gubernamentales de mayor distanciamiento respecto al gobierno de Estados Unidos, surge también la necesidad de revisar las valoraciones que se han hecho durante los últimos años sobre los grados de subordinación o de autonomización respecto del imperialismo, pensadas sólo desde la diplomacia. A partir de reduccionismos analíticos sobre el imperialismo, concebido últimamente sólo como una relación de dominio de un Estado sobre otro, se ha perdido de vista que el imperialismo es esencialmente el dominio molecular del capital financiero (por tal entiendo la fusión potenciada de todas sus formas de reproducción y concentración), que utiliza el poder de sus Estados para su penetración territorial, para la exportación de capital, de mercancías y tecnología, para la apropiación de riquezas naturales y de plusvalía. Visto así, el “neodesarrollismo” no implica una disminución del poder imperialista, sino lo contrario. El peso internacional y geopolítico de las “economías emergentes” (como Brasil en nuestra región) también tiene que ver —aunque no solamente— con que el capital transnacional se expande a través de asociaciones y fusiones triangulando desde esos espacios geográficos y soportes estatales; mediante los cuales cambia de “bandera”, lo que le facilita la negociación política y el aprovechamiento de las prerrogativas multilaterales regionales.

Un punto de llegada.

Sostengo la tesis de que estamos asistiendo a un punto de llegada en la estrategia dominante impulsada desde hace 20 años para estabilizar y legitimar la reestructuración capitalista, cuyo objetivo ha sido convertir a América Latina en un espacio ventajoso, seguro y estable para la reproducción del capital; por ende, un espacio de estabilización del capitalismo, en crisis cada vez más frecuentes.

Salvo algunos países como México, la región se destacó por “resistir” mejor los embates de la crisis que estalló en 2008. Se benefició con el aumento de los precios de las materias primas y de los energéticos que exporta. En algunos países con gobiernos progresistas, las mayores mediaciones políticas y las presiones electorales impulsaron a esos gobiernos a mantener el ritmo de “gasto social”, lo que atenuó los efectos de las crisis para los trabajadores y consumidores pobres; aunque, donde se constata un aumento de sus ingresos, su situación no mejoró en el balance de la distribución de la riqueza, que sigue concentrándose¹⁴. El aumento del consumo individual, en casi todos los países, es sobre todo con endeudamiento. Para contener la caída del crecimiento, en todos los países se intensificaron los megaproyectos de infraestructura y la inversión transnacional en las actividades extractivistas de exportación. El gran beneficiado con estos éxitos coyunturales fue y sigue siendo el gran capital transnacional, sea de origen externo o con semilla criolla

¹⁴ Pese a que Venezuela depende todavía de la extracción de petróleo, no sigue la lógica ni la estrategia “posneoliberal” en los términos descritos, y se observan mejoras en la redistribución de la riqueza hacia las mayorías: el Coeficiente de Gini (distribución de ingresos) pasó de 0.4865 en 1998 a 0.3898 en 2010 según el Instituto Nacional de Estadísticas, ubicando a Venezuela en el país de menor desigualdad de la región (exceptuando a Cuba).

(empresas *translatinas*), con efectos benéficos para sus socios locales y las fracciones de clase media periférica. Son los éxitos esgrimidos como aval a las orientaciones actuales, pero estas brisas frescas incuban duras tempestades.

La reconfiguración del poder capitalista en nuestra región se acompaña con la gestación de una nueva hegemonía burguesa. Ésta se expresa en la legitimación del *neodesarrollismo transnacional*, que es como prefiero denominarlo; en la legitimación de una concepción del Estado como soporte material e institucional de ese neodesarrollismo transnacional; y en la legitimación de una reestructuración social a nombre de un “nuevo bienestar”, que no está fincado en derechos colectivos universales sino en la peculiar igualdad de oportunidades que hemos descrito. Estas tendencias y sus ideas hegemónicas son mucho más visibles donde gobierna la derecha y en algunos países con gobiernos progresistas, pero presionan para imponerse también donde gobierna la izquierda. Hasta qué punto lo han logrado, es una medida de la disputa de proyectos.

Una manifestación de esa nueva hegemonía burguesa es que, en la época de mayor crítica e interpelación al capitalismo por sus devastadores efectos sobre la humanidad y el planeta, en América Latina se piensa fundamentalmente desde el punto de vista del capital. En muchos casos, se piensa desde el punto de vista del capital también cuando se habla de socialismo. Esto no sorprendería en el siglo XIX, cuando se entendía al socialismo como el movimiento mismo del capitalismo con algunas reformas sociales, ni sorprendería a Schumpeter que esperaba que un “socialismo responsable” garantizara el desenvolvimiento sin sobresaltos del capital. Pero tendrá que hacernos reflexionar sobre las metamorfosis del llamado pensamiento crítico. En particular, sobre la efectiva influencia del “posneoliberalismo” en la definición de alternativas.

Nuevas interrogantes

La función del “posneoliberalismo” para la estabilización y legitimación de la reestructuración (neoliberal) del capitalismo justifica interrogarse si tiene sentido establecer una diferenciación entre posneoliberalismo y neoliberalismo, puesto que sus objetivos son los mismos. El problema al que nos enfrentamos va más allá pues, además de la interrogante anterior, habría que preguntarse si conceptual y descriptivamente conviene seguir hablando de neoliberalismo, o bajo cuáles precisiones. Ya que “neoliberalismo” no constituye una categoría de análisis ni un concepto con eficacia descriptiva invariante, y sobre sus diversos usos se ha montado la ofensiva hegemónica dominante.

Como he apuntado en un trabajo de 2009¹⁵, el posneoliberalismo es al neoliberalismo como lo son las “reformas” emprendidas por el capitalismo para estabilizar sus “revoluciones” (contrarrevoluciones) o reestructuraciones. Es parte de su consolidación pero no es idéntico en los medios y, sobre todo, en los argumentos doctrinarios.

La “reforma” estabilizadora posneoliberal se hace apelando a la *oposición en tríada*, que le permite presentarse como el “tercero progresista”. Se trata de una *revolución pasiva* que recoge discursivamente las demandas de los opositores del neoliberalismo, les expropia su lenguaje, vaciándolo de contenido transformador. El posneoliberalismo asume la “crítica al neoliberalismo” para “corregirlo”, al tiempo que rechaza al marxismo, y presenta como pensamiento progresista las elaboraciones neoconservadoras. Lo grave es que los argumentos y acciones “anti-neoliberales” elaboradas por el neoconservadurismo pueden confundirse con el discurso y con algunas de las prácticas históricamente asociadas con aspiraciones

¹⁵ Beatriz Stolowicz, “El debate actual: posliberalismo o anticapitalismo”, *op.cit.*

emancipatorias, y han avanzado en desnaturalizar algunas de sus formas organizativas, sus contenidos y objetivos. No sólo los neutralizan, sino que los convierten en engranajes de la hegemonía de los dominantes.

Neoliberalismo y posneoliberalismo no son sucesivos movimientos pendulares de corrección a excesos para retomar el equilibrio (como “progreso”), como lo formula la *teoría del péndulo* elaborada desde el capitalismo para explicar su devenir. Esa “teoría” oculta que tras cada corrección se produce una mayor concentración y centralización del capital, que crea nuevas contradicciones y crisis. La tarea incesante de la reproducción capitalista es derribar o eludir las “barreras” que el propio capital pone. En ciertas épocas, al hacerlo ha llegado a producir reestructuraciones que modifican cualitativamente toda la reproducción capitalista. No es éste el caso.

En los *Grundrisse* Marx exponía esta idea, que he sintetizado en el citado trabajo de 2009, y que reproduzco extensamente para apoyar mi argumentación. Marx consideraba al capitalismo como una “fuerza destructiva” de todo lo que lo limita, por lo tanto “revolucionaria”, que derriba todas las barreras que se le presentan: la naturaleza, los territorios, las necesidades humanas, las leyes, las costumbres. “Por primera vez, la naturaleza se convierte puramente en objeto para el hombre, en cosa puramente útil; cesa de reconocérsele como poder para sí; incluso el reconocimiento teórico de sus leyes autónomas aparece sólo como artimaña para someterla a las necesidades humanas, sea como objeto del consumo, sea como medio de la producción”. E irónicamente lo reafirmaba así: “*Hence the great civilising influence of capital*”. Pero esas barreras no son superadas realmente –continúa– porque con su expansión universal los capitales vuelven a ponerlas, con nuevas contradicciones: “La universalidad a la que tiende sin cesar, encuentra trabas en su propia naturaleza, las que en cierta etapa del desarrollo del capital harán que se le reconozca a él como la barrera mayor para esa tendencia”. La tendencia a las crisis de sobreproducción es consustancial a la naturaleza del capital a “saltarse las barreras”, porque necesita constantemente “plustrabajo”, “plusproductividad” y “plusconsumo”. Pero el plusconsumo está en contradicción con el plustrabajo que crea plusvalor: el capitalista ve a los otros asalariados como consumidores, pero con los suyos busca reducir el trabajo necesario y con ello su fondo de consumo. El capital rompe permanentemente “las proporciones” por la “coerción a que lo somete el capital ajeno”, es decir, la competencia. El consumo insuficiente del plusproducto significa que esas fuerzas productivas son superfluas. Por eso, la tendencia expansiva del capital es un constante “poner y sacar fuerzas productivas”: la “tendencia universal” del capital es a ponerlas, del lado de la oferta (libre cambio), y ésta se enfrenta a la “limitación particular” del consumo insuficiente del plusproducto, que busca sacar fuerzas productivas, “ponerles un freno con barreras externas y artificiales, por medio de las costumbres, leyes, etc.” (o *regulaciones*, como se dice actualmente). Pero el capital busca romper nuevamente esas barreras y vuelve a crear fuerzas productivas superfluas (desvalorización), y una vez más tiene que enfrentarse a una “disciplina que le resulta insoportable, ni más ni menos que las corporaciones”. Por eso, dice Marx: “en contra de lo que aducen los economistas, el capital no es la forma absoluta del desarrollo de las fuerzas productivas”¹⁶.

En estas décadas, el capitalismo ha demostrado capacidad para derribar o eludir barreras, que lo ha hecho con pragmatismo y flexibilidad, combinando prácticas que se justifican desde distintas vertientes doctrinarias o teóricas del pensamiento burgués. La estrategia posneoliberal ha buscado eliminar barreras políticas, sociales, institucionales y de

¹⁶ *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, Tomo I, México, Siglo XXI Editores, 1971, pp.362-367 y 402.

“creación de espacio”¹⁷, despejando el camino para que el capital avance sin obstáculos. Es así que cada éxito “posneoliberal” permite un avance “neoliberal”, no es en rigor “volver” al neoliberalismo. De ahí la confusión que provoca la simultaneidad de discursos aparentemente opuestos.

A la primera pregunta sobre si tiene sentido diferenciar al posneoliberalismo del neoliberalismo, es posible responder que si se parte de la reproducción capitalista (explotación-despojo-dominación) como unidad de análisis, no sería necesario abordar de manera particular sus diferencias discursivas o tácticas, que hacen a la totalidad compleja de la reproducción capitalista. Pero dada la función del posneoliberalismo en la *revolución pasiva* en América Latina, no podemos obviar esas especificidades que favorecen el reforzamiento de la hegemonía de los dominantes. Lo cierto es que esta primera pregunta tiene su propio reverso: si los objetivos neoliberales se llevan a cabo con acciones y concepciones que formulan críticas al liberalismo y a la teoría neoclásica que le es consustancial, hasta qué punto es conveniente seguir hablando de “neoliberalismo”, al menos en los términos con que hoy se hace.

El terreno analítico está minado por las distintas definiciones de “neoliberalismo” a partir de políticas económicas o postulados doctrinarios. Que ensombrecen la caracterización del neoliberalismo como la contrarrevolución capitalista dirigida a derribar como principal barrera el poder relativo alcanzado por el trabajo frente al capital y el descenso de la tasa de ganancia, para lo cual tuvo que derribar también las barreras espaciales, políticas, institucionales y culturales, con el fin de restaurar un ilimitado poder de clase de los capitalistas. Son ya cuatro décadas de demolición-reestructuración con ese objetivo. Y tal como lo estamos viendo con el manejo de la crisis capitalista, por ahora no se avizora una forma de reproducción del capitalismo distinta. La mayor concentración y centralización del capital que ya se ha producido en estos años de crisis pondrá de manera potenciada nuevas barreras ambientales, energéticas, de materias primas, de consumo, de ganancias, de producción geográfica del capital, etc., como dice Harvey. Para derribarlas o eludirlas, el capital exigirá mayor subordinación y dependencia de América Latina, generando mayores contradicciones sociales y políticas, y una previsible conflictividad en ascenso. Que en sí misma será una nueva barrera a derribar o eludir por el capital. Las soluciones de fuerza están a la orden del día, y allí está la militarización de nuestra región, no sólo por Estados Unidos sino también por los ejércitos nacionales bajo una nueva doctrina de seguridad nacional civil.

Pero no sabemos de qué otras maneras las fuerzas del capital buscarán eliminar o eludir las nuevas barreras. Lo vivido en estas décadas no autoriza a subestimar la capacidad de la clase dominante para encontrar formas de hacerlo. Esto plantea serios desafíos para detectar a tiempo tales “innovaciones”, para reducir el desfase entre los procesos sociohistóricos y su adecuada interpretación para potenciar la resistencia y el avance de nuestros pueblos.

Las últimas dos décadas debieran enseñarnos que la conservación del capitalismo se persigue con una diversidad de fuentes doctrinarias y teóricas, y que en este sentido no hay un “pensamiento único”. También es útil asimilar que los objetivos capitalistas compartidos se llevan a cabo bajo formas distintas, que exigen un permanente estudio concreto de la realidad concreta. La prédica ética no alcanza. Pero para que esas formas sean inteligibles en tanto

¹⁷ En un libro publicado también en 2009, que acaba de llegar a mis manos, David Harvey analiza la dinámica capitalista actual abordando asimismo el tópico de la eliminación o elusión de “barreras” y las nuevas que va poniendo en la búsqueda de un crecimiento medio de 3 por ciento, señalando específicamente las ambientales, de mercado, de ganancias, de reconfiguración espacial de la geografía de la producción. Ésta incluye tanto el acceso a materias primas y fuerza de trabajo barata, como nuevos espacios para que el Estado financie al capital y establezca arreglos institucionales para asegurar los flujos de capital y la acumulación. Véase: *The Enigma of Capital and the Crises of Capitalism*, Oxford University Press, 2009.

mecanismos de dominación, no puede perderse de vista los procesos profundos que las exigen, articulan y modifican; es decir, la unidad de análisis debe ser la reproducción capitalista, y como horizonte epistémico y político el anticapitalismo. Es éste el que finalmente puede evitar las limitaciones contestatarias (de contestación a una permanente iniciativa dominante), consustanciales a la carencia de horizonte propio. Sólo así será fundamento de contrahegemonía, y no solamente crónica de lo ya ocurrido.

Cuando se habla de gestar contrahegemonía, también es necesario replantear sus alcances y contenidos. Ya no se trata sólo de superar las concepciones de las élites económicas, políticas e intelectuales, o el individualismo en sus distintas manifestaciones. La hegemonía de los dominantes también se realiza mediante la manipulación de formas de organización y prácticas populares “antiliberales”, con formatos similares a los emancipatorios pero contenidos y objetivos de subordinación. El esfuerzo contrahegemónico posiblemente produzca rispideces que no contemplábamos tiempo atrás.

Asumir que estamos ante un punto de llegada exitoso de la compleja y lúcida estrategia dominante no es una opción por el pesimismo, sino una condición para no dilapidar las posibilidades de disputa de proyectos que se abrieron en la región por las luchas populares.

México, D.F., abril de 2011.